

tropas de una y otra nacion gritaban *Castilla, Castilla, Tlascalá, Tlascalá*, en medio del estrepito de la musica militar.

Espediciones contra las ciudades de Jaltocan y Tlacopan.

Apenas llegó Chichimecatl, cuando, sin descansar del viage, rogó a Cortés que lo emplease a él, y a su tropa en alguna expedicion contra los enemigos. Cortés, que solo aguardaba la llegada de las tropas auxiliares de Tlascalá para egecutar un designio que desde largo tiempo meditaba, dejando en Tezcuco una buena guarnicion, y dadas las ordenes oportunas acerca de la obra de los bergantines, se puso en marcha, al principio de la primavera de 1521 con veinte y cinco caballos, seis pequeños cañones, trescientos cincuenta infantes Españoles, treinta mil Tlascalases, y una parte de la nobleza Tezcucana; y porque temia que los Tezcucanos, de quienes no se fiaba, diesen aviso secreto a los enemigos, y trastornasen sus proyectos, salio de aquella ciudad sin descubrir a nadie el termino de su viage. Caminó el egercito doce millas acia el Norte, y pasó la primera noche a descubierto. El dia siguiente se dirigió a Jalcocan, ciudad fuerte situada en medio de un pequeño lago, con una calzada que a ella conducia, y que, como la de Megico estaba cortada con fosos. La infanteria Española, sostenida por un buen numero de aliados, los pasó entre una densa lluvia de dardos, y flechas, que hirieron a muchos; mas no pudiendo los habitantes sufrir los estragos que en ellos hacian las armas Españolas, abandonaron la ciudad, y huyeron. Los vencedores saquearon las casas y quemaron algunas.

Terminada esta epedicion, se encaminó el egercito a Quauhtitlan, grande y hermosa ciudad, como Cortés la llama con razon; pero la hallaron despoblada: pues los habitantes, amedrentados con lo que habian oido de Jaltocan, procuraron ponerse en seguro.

De allí pasaron a Tenayocan, y a Azcapozalco, donde no hicieron daño por no haber hallado resistencia. Finalmente llegaron a la corte de Tlacopan, termino que se habia propuesto Cortés, con el obgeto de negociar algun convenio con Megico, y si no lo lograba, para proporcionarse algunas noticias sobre los designios que allí se trazaban. Los habitantes se manifestaron dispuestos a oponerse a los invasores. Atacaron en efecto con su acostumbrado impetu a los Españoles, y pelearon valerosamente largo rato: mas al fin no pudiendo resistir los estragos de las armas de fuego, ni el impulso de los caballos, se retiraron a la ciudad. Los Españoles, por ser ya entrada

la noche, se alojaron en una gran casa de los arrabales. Al dia siguiente, los Tlascalases pegaron fuego a una parte de la poblacion, y en los seis dias que permanecieron allí los Españoles, tubieron continuos encuentros, y hubo algunos duelos famosos entre Tlascalases, y Tlacopaneses. Unos y otros combatieron con extraordinario valor y desfogaron en oprobrios el odio que mutuamente se profesaban. Los Tlacopaneses llamaban a los Tlascalases damas de los Españoles, sin cuya proteccion nunca se hubieran atrevido a llegar hasta los muros de aquella ciudad. Los Tlascalases respondian que a los Megicanos, y a todos sus partidarios se debia mas bien el titulo de mugeres, pues siendo tan superiores en numero a ellos no habia podido dominarlos en ningun tiempo. Tambien prodigaron los enemigos insultos y denuestos a los Españoles, convidandolos por burla a entrar en Megico, para mandar allí como señores, y gozar de todos los placeres de la vida. “¿Te parece, Cristiano, decian a Cortés que iran ahora las cosas como antes? ¿Piensas que reina en Megico un Moteuczoma sacrificado a tus caprichos? Entra en la corte, y seras en breve inmolido con todos los tuyos a los dioses.” En las acciones que sostubieron aquellos dias los Españoles, entraron en aquel fatal camino, y se acercaron a los memorables fosos en que habian sufrido tan sangrienta derrota. Hallaron en ellos una terrible resistencia, y todos estubieron proximos a perecer, porque empeñados en perseguir a unas tropas Megicanas, que habian salido a insultarlos para atraerlos al peligro, se hallaron de pronto atacados, de una y otra parte del camino, por tan gran numero de contrarios, que no pudieron retirarse sin suma dificultad, combatiendo furiosamente hasta llegar a tierra firme. En este conflicto, tubieron cinco Españoles muertos, y muchos heridos. Cortés, disgustado del mal exito de su expedicion, volvio, con su egercito por el mismo camino a Tezcuco, recibiendo en la marcha nuevos insultos de los enemigos, que atribuian su retirada a cobardia, y desaliento*. Los Tlascalases, que acompañaron a los

* Solis, queriendo desmentir a Bernal Diaz, dice: “por mas que diga nuestro historiador de esta expedicion, fue tan importante al fin principal, que apenas regresado Cortés a Tezcuco, vinieron suplicantes a prestarle obediencia los caciques de Tzacapan, Mascalzingo, y Auhtlan (asi llama a Tuzapan, Mejcaltzinco, y Nauhtlan) y otros pueblos de la orilla septentrional: lo que da a conocer que los Españoles volvieron con reputacion, &c.” Pero, dejando aparte la espresion ambigua *orilla septentrional*, que algunos lectores aplicarán quizas a la orilla del lago, debiendo entenderse de la del mar, y el error que comete en decir que vinieron los señores de aquellos estados, cuando consta por el mismo Cortés que enviaron sus embajadores, lo cierto es que no pudieron decidirse a enviar esta

Españoles, habiendo tomado muchos y ricos despojos, pidieron permiso a Cortés de llevarlos a su país, y él lo concedió sin dificultad*.

Espediciones de Sandoval contra Huajtepec y Jacapichtla.

Sandoval, que durante la ausencia de Cortes, habia quedado mandando en Tezcuco, salio de alli, dos dias despues de la llegada de aquel general, con veinte caballos, trescientos infantes Españoles, y un gran numero de aliados, para socorrer a los Chalqueses, que temian un gran ataque de los Megicanos: pero habiendo hallado en Chalco muchas tropas de Huejotzinco, y de Quauhquecholan, que habian ido alli con el mismo objeto, y sabiendo que el mayor peligro estaba en la guarnicion Megicana de Huajtepec, se dirigió a este pueblo, situado en los montes, a quince millas a Mediodia de Chalco. En su marcha fue atacado por dos gruesos cuerpos enemigos, pero los derrotó sin gran esfuerzo, lo que se debio en gran parte al inmenso numero de aliados que llevaba consigo. Entraron los Españoles en Huajtepec, y se alojaron en unas casas grandes, para descansar, y curar los heridos: pero inmediatamente fueron atacados de nuevo por los Megicanos, a quienes rechazaron, y persiguieron por mas de tres millas, dejandolos de un todo derrotados. Volvieron al pueblo, y descansaron dos dias. Era entonces Huajtepec ciudad célebre, no menos por sus exelentes manufacturas de algodón, que por su hermoso jardín, de que ya he hablado.

Sandoval envió desde alli mensageros a ofrecer la paz a los habitantes de Jacapichtla, lugar fortisimo, a seis millas de distancia de Huajtepec, situado en la cima de un monte casi inaccesible a la caballeria, y defendido por una numerosa guarnicion Megicana; pero habiendo sido rechazadas sus proposiciones, marchó acia aquella ciudad, con intencion de dar un golpe que castigase su orgullo, y

embajada de resultas de lo ocurrido en Tlacopan, porque los embajadores llegaron a Tezcuco cuatro dias despues de la espedicion, y sus ciudades distaban de aquella corte mas de 200 millas.

* Herrera, y Torquemada dicen que Cortés mandó despojar violentamente a los Tlascalenses de los adornos de oro con que se adornaron despues de la espedicion de Tlacopan, y que ellos se resintieron tanto de este agravio, que en dos dias desertaron mas de veinte mil. Si esto fuera cierto, Cortés hubiera sido el mas insensato de los hombres, y la misma avaricia que hizo perecer tantos Españoles en su retirada de Megico, hubiera frustrado la gran empresa de la conquista: mas la noticia de aquellos historiadores está en contradiccion con lo que refieren Cortés, Bernal Diaz, y Gomara, que cuentan el hecho como se halla en el testo de mi historia.

libertase para siempre a los Chalqueses, del mal que por aquella parte podian temer. Los Tlascalenses, y los otros aliados se amedrentaron a vista de tanto peligro: pero Sandoval, animado por el heroico valor que lucia en todas sus acciones, se resolvió a vencer o morir. Empezó a subir con su infanteria, superando al mismo tiempo la aspereza del monte, y el gran numero de enemigos que lo defendian, con flechas, dardos, guijarros, y aun con piedras desmesuradas, las cuales, aunque se rompian al chocar con las rocas interpuestas, herian con sus fragmentos a los Españoles: pero nada fue capaz de contener su impetu. Entraron en la ciudad bañados de sangre, y de sudor, y seguidos por sus aliados. El cansancio, y las heridas inflamaron de tal modo su colera, y con tanta furia se avalanzaron a sus enemigos, que muchos de ellos, huyendo de las espadas, se precipitaron por los tajos del monte. Tanta fue la sangre derramada, que tñó un arroyo que por alli corria, en terminos que en mas de una hora no pudieron hacer uso los vencedores de sus aguas, para apagar la gran sed que los aquejaba*. “Fue esta, dice Cortés, una de las mas señaladas victorias, en la cual los Españoles dieron las mayores pruebas de su valor, y de su constancia.” La jornada costó la vida a Gonzalo Dominguez, uno de los mas valientes soldados de Cortés, cuya perdida fue mui sensible a todo el egercito.

Irritados los Megicanos con la derrota de Jacapichtla, armaron prontamente veinte mil hombres, y los enviaron en dos mil barcas contra Chalco. Los Chalqueses imploraron, como otras veces, el socorro de los Españoles, y sus mensageros llegaron cuando volvia de Jacapichtla Sandoval con sus tropas, cansado, mal parado, y herido. Cortés, atribuyendo, con demasiada ligereza, las repetidas hostilidades de los Megicanos contra Chalco, a descuido de aquel inapreciable caudillo, sin querer informarse de su conducta, ni oirlo, ni permitirle un momento de reposo, lo mandó ponerse en marcha, con los soldados mas capaces

* Bernal Diaz se burla de Gomara por esta narracion de las aguas teñidas de sangre, y añade que no necesitaban beber de aquella, habiendo alli muchos manantiales: pero si estas se hallaban en el campo de batalla es probable que tambien quedasen teñidas de sangre, y si distaban de aquel punto, no estaban los Españoles en estado de ir a buscarlas. Bernal Diaz no se halló en aquella espedicion, y yo doi mas credito a la relacion de Cortés. “Fue tan grande, dice, la matanza que nuestros Españoles hicieron en los enemigos, y tales los estragos que estos se hicieron entre sí, que todos los presentes afirman que un arroyo que circundaba casi todo aquel sitio quedó teñido de sangre por mas de una hora, de modo que no pudieron beber de sus aguas.”

de seguirlo, para sostener aquellos aliados. Mucho sintio Sandoval esta ofensa que el general le hacia, cuando esperaba recibir de él los elogios a que era acreedor; pero fue tanta su prudencia en disimular su pesar y tan pronta su obediencia, cuanto habia sido su arrojo en la expedicion ultima. Partio sin tardanza a Chalco, y cuando llegó, ya estaba concluida la batalla, de la que salieron victoriosos los Chalqueses, con los ausilios de sus nuevos aliados los Huejotzincues, y los Quauhquecholeses, y si bien tubieron una perdida considerable, en cambio mataron muchos enemigos, y cogieron cuarenta prisioneros, entre ellos un general, y dos personajes de la primera nobleza, los cuales fueron entregados por los Chalqueses a Sandoval, y por este a Cortés. Este conocio su error, y bien informado de la irreprehensible conducta de Sandoval, procuró aplacar su justo resentimiento, con singulares demostraciones de estimacion y honor.

Negociacion infructuosa de Cortés con los Megicanos.

Queriendo enfin hacer algun convenio con los Megicanos, tanto para evitar las fatigas, y los males de la guerra, como para apoderarse de su hermosa ciudad sin arruinarla, resolvió enviar a ella aquellos dos personajes prisioneros, con una carta al rei Quauhquemotzin, la cual, aunque no podia ser entendida en aquella corte, servia de credenciales, y de señal autentica de la embajada. Espuso su contenido a los mensajeros, y les encargó manifestasen a su soberano, que él no aspiraba a otro obgeto, si no a que el rei de España fuese reconocido señor de aquella tierra, ya que así lo habia resuelto la nobleza en la respetable asamblea que se reunió en presencia de Moteuczoma; que se acordase del homenaje que entonces tributaron todos los señores Megicanos al gran monarca de Oriente; que deseaba establecer con Megico una paz duradera, y una eterna alianza; que no habia emprendido aquella guerra, si no obligado por sus hostilidades; que le pesaba tener que derramar tanta sangre Megicana, y destruir ciudades tan grandes, y hermosas; que ellos mismos eran testigos del valor de los Españoles, de la superioridad de sus armas, de la muchedumbre de sus aliados, y de la felicidad de sus empresas; en fin que reflexionase bien en lo que hacia, y no lo obligase con su obstinacion a continuar una guerra, que terminaria con la ruina total de la corte, y del imperio.

El fruto de esta embajada se conocio mui en breve en los lamentos de los Chalqueses, los cuales informados de las grandes fuerzas que contra ellos se apercebían, vinieron a implorar el socorro de los Espa-

ñoles, presentando a Cortés, pintadas en una tela, las ciudades que se armaban contra Chalco, y el camino que tomaban sus tropas. Entanto que Cortés disponia sus tropas para aquella expedicion, llegaron a Tezcucó los mensajeros de Tuzapan, Mecaltzinco, y Nauhtlan, ciudades de la costa del seno Megicano, situadas mas allá de la colonia de la Vera Cruz, a prestar obediencia, en nombre de sus señores, al rei de España.

Marcha del egercito Español por los montes meridionales.

En 5 de Abril salio Cortés de Tezcucó, con treinta caballos, trescientos peones Españoles, y veinte mil aliados, dejando a Sandoval el mando de aquella plaza, y el cuidado de los bergantines. Marchó en derechura a Tlalmanalco, y de allí a Chimalhuacan*, donde se engrosó su egercito con mas de veinte mil hombres †, que o por vengarse de los Megicanos, o por el interes del botin, o, como yo creo, por uno, y por otro, venian de diferentes puntos, a servir en aquella guerra. Siguiendo despues, como es de creerse, el camino representado por los Chalqueses en sus pinturas, se dirigieron por los montes del Mediodia acia Huajtepec, y vieron cerca del camino una elevacion mui escabrosa, cuya cima estaba ocupada por mugeres, y niños, y las faldas, por un gran numero de guerreros, que confiando en la fuerza natural del sitio, se burlaban con gritos, y silvidos de los Españoles. Cortés, no pudiendo sobrellevar aquella mofa, mandó atacar por tres partes el monte: pero apenas habian empezado a subir con gran trabajo, entre una tempestad de dardos, y piedras, dio orden de que se retirasen, pues ademas de ver que la empresa era temeraria, y mas difícil que útil, se dejó ver otro egercito de enemigos que marchaba por aquella parte, con intento de atacar por la espalda al egercito aliado, cuando mas empeñado estubiese en la accion. Cortés les salio al encuentro con sus tropas bien ordenadas. La batalla duró poco, pues los enemigos, reconociendose inferiores en fuerzas, abandonaron prontamente el campo. Los Españoles los siguieron por mas de hora, y media, hasta derrotarlos completamente. La perdida de los Españoles en la bata-

* Habia, y hai ahora dos pueblos de aquel nombre, el uno a orillas del lago de Tezcucó, al principio de la peninsula de Iztapalapan, y llamado simplemente *Chimalhuacan*; el otro en los montes al mediodia del valle, y se llama *Chimalhuacan-Chalco*. Se trata de este último.

† Cortes dice que en Chimalhuacan se le agregaron 40,000 hombres, y Bernal Diaz dice que eran mas de 20,000: mas este habla de los recién-llegados, y aquel de la suma total de aliados, incluso los Tlacaesles, que sacó de Tezcucó, y los que se reunieron en Chimalhuacan.

lla fue casi ninguna; pero en la subida del monte, tubieron ocho muertos, y muchos heridos*.

La sed que molestaba al egercito, y el aviso que tubo Cortés de otro monte, distante de allí tres millas, y ocupado tambien por enemigos, lo obligaron a marchar acia aquella parte. Observó en uno de los costados del monte, dos rocas prominentes, defendidas por muchos guerreros, mas estos creyendo que los Españoles intentaban la subida por el lado opuesto, abandonaron la posicion, y corrieron adonde les parecia mayor el peligro. Cortés, diestro en aprovecharse de todas las coyunturas que le presentaba la suerte, o la inadvertencia de los enemigos, mandó a uno de sus capitanes que procurase ocupar, con un numero competente de tropas, aquellos dos peñascos, mientras él entretenia a los Megicanos por la parte opuesta. Empezó pues a subir con suma dificultad, y cuando llegó a un punto tan alto como el que ocupaban los enemigos, vio enarbolada la bandera Española en una de las prominencias. Los enemigos, se rindieron, viendose rodeados por todas partes, y habiendo ya empezado a conocer el daño que le hacian las armas de fuego. Cortés los acogio con mucha benignidad, pero exigió de ellos, como condicion necesaria del perdon, que indugesen tambien a rendirse a los que ocupaban el primer monte: lo que se verificó en efecto.

Conquista de Quauhnahuac.

Libre de aquellos estorvos, se encaminó Cortés, por Huajtepec, Jauhatepec, y Giuhatepec a la grande, y amena ciudad de Quauhnahuac †, capital de la nacion Tlahuica, distante mas de treinta millas de Megico, acia Mediodia. Era mui fuerte por su situacion, pues de un lado estaba rodeada por montes escabrosos, y de otro, por un barranco, de cerca de siete toesas de profundidad, por el cual corria un arroyo. No podia entrar la caballeria si no es por dos caminos que los Españoles ignoraban entonces, o por los puentes, si no hubieran estado levantados cuando llegaron. Mientras buscaban un lugar oportuno para el asalto, los Quauhnahuaqueses les tiraban una in-

* Cortés en sus cartas no habla mas que de dos Españoles muertos en aquel monte; pero Bernal Diaz cuenta ocho, y da sus nombres.

† Este nombre es uno de los que mas han alterado los Españoles. Cortés dice *Coadnabaced*; Bernal Diaz *Coadalbaca*; Solis *Quatlabaca*. Ha prevalecido el de *Cuernabaca*, que es el que se conserva, aunque los Indios usan el antiguo de *Quauhnahuac*. Este pueblo es uno de los 30 que Carlos V dio a Cortés, y despues fue parte de los estados del duque de Monteleon, como marques del valle de Oajaca.

creible cantidad de dardos, flechas, y piedras. Pero habiendo observado un animoso Tlascalés, que dos arboles grandes, colocados en las dos orillas opuestas del barranco, habian cruzado mutuamente sus ramas, se sirvio de ellas como de un puente, y pasó a la margen opuesta, egemplo que fue mui en breve imitado, aunque con gran esfuerzo, y peligro, por seis soldados Españoles, y despues por otros muchos, tanto Españoles, como Tlascalés*. Este rasgo de intrepidez amedrentó de tal modo a los que por allí defendian la entrada de la ciudad, que se retiraron, y fueron a unirse con los que, por la parte opuesta, resistian a las tropas mandadas por Cortés: mas cuando estaban mas acalorados en la accion, se vieron atacados de pronto, por las que, siguiendo los pasos del valiente Tlascalés, habian entrado por la parte indefensa de la ciudad. Entonces se espantaron, y huyeron a los montes, de modo que los aliados quemaron sin oposicion una buena parte de la ciudad. El señor de ella, que habia huido con todos, temiendo que lo alcanzasen los Españoles, tomó el partido de rendirse, asegurando que no lo habia hecho antes, por que esperaba que la colera de los Españoles se desfogase en la ciudad, y satisfecha con aquellas primeras hostilidades, se abstendrian de vengarse en su persona.

Conquista de Joquimilco.

Despues de haber descansado el egercito, partio, cargado de despojos, acia el Norte, por un pinar donde sufrio una gran sed, y al dia siguiente se halló cerca de la ciudad de Joquimilco. Esta hermosa poblacion, la mayor, despues de la corte, de todas las del valle Megicano, estaba a orillas del lago de Chalco, y distaba poco mas de doce millas de Megico. Su vecindario era mui numeroso, muchos sus templos, magnificos sus edificios, y singularmente bellos sus jardines flotantes en el lago, de donde tomó el nombre de Jochimilco, o Joquimilco, que significa jardin, o campo de flores. Tenia, como la capital, muchos canales o fosos, y a la sazón, por miedo de los Españoles, se

* Solis, sin hacer mencion de aquel Tlascalés, atribuye toda la gloria de la accion a Bernal Diaz, en lo que contradice a Cortés, y a todos los historiadores. El mismo Bernal Diaz, que en la narracion de este suceso, se hace a sí mismo cuanto honor puede, se jacta de haber sido uno de los que despreciando el peligro pasaron sobre los arboles del barranco: pero no se alza con la gloria de haber sido el primero, ni de haber sugerido la idea. Vease lo que dicen Cortés, Gomara, Herrera, &c.

habian construido algunas trincheras. Cuando vieron venir al egercito, alzaron los puentes de los canales, para que fuese mas dificil la entrada. Los Españoles dividieron el egercito en tres cuerpos, para atacar la ciudad por otros tantos puntos: pero en todos ellos hallaron gran resistencia, y no pudieron ganar el primer foso, si no despues de un terrible combate de mas de media hora, en que fueron muertos dos Españoles, y muchos heridos: pero superados en fin estos ostaculos, entraron en la ciudad, persiguiendo a los que la defendian. Estos se refugiaron a los barcos, y desde ellos perseveraron combatiendo hasta morir. Oianse al mismo tiempo entre ellos algunas voces que pedian la paz, pero conociendo los Españoles que su obgeto era tan solo ganar tiempo para poner en seguro sus familias y sus bienes, y para recibir el socorro de los Megicanos que aguardaban, apretaron mas el ataque, hasta que cesó la resistencia, y pudieron entrar tranquilos en el pueblo para descansar, y curar sus heridos: mas a penas empezaban a respirar, cuando se vieron rodeados por un gran numero de enemigos, que venian formados en orden de batalla, por el mismo camino que habian seguido los Españoles en su entrada. Estos se vieron reducidos entonces al mayor extremo, y el mismo Cortés corrio gran peligro de caer en manos de los contrarios, pues habiendose echado al suelo su caballo, o de cansancio, como el dice, o abatido por los Joquimilqueses, segun otros historiadores, continuó peleando a pie con la lanza, mas el numero de enemigos era tan considerable, que no hubiera podido evitar su perdida, a no haber llegado oportunamente a su socorro, un valiente Tlascalés, y con él dos criados del mismo Cortés, y algunos soldados Españoles*. Vencidos finalmente los Joquimilqueses, tubieron los Españoles tiempo de descansar algun tanto de las fatigas de la jornada, en la que murieron algunos de los suyos, y casi todos fueron heridos, incluso el mismo general, y los principales capitanes Alvarado, y Olid. Cuatro Españoles, que cayeron prisioneros, fueron conducidos a la capital, y sin tardanza sacrificados, y sus brazos y piernas enviadas a varios pueblos, para exitar el valor de los habitantes. No hai duda que en esta, y otras ocasiones pudo

* Herrera, y Torquemada dicen que el dia siguiente al del riesgo que habia corrido Cortés, habiendo buscado al Tlascalés que lo socorrio, no pudo ser habido vivo, ni muerto, y por la devocion que aquel general tenia a San Pedro, se persuadio que este santo Apostol era el que lo habia salvado. No sé de donde sacaron aquellos autores tan estraña anecdota. Bernal Diaz, Gomara, y el mismo Cortés hablan de un Tlascalés, sin hacer mención de su desaparicion, ni de San Pedro.

Cortés facilmente morir a manos de sus enemigos, si no hubieran tenido estos la insensata presuncion de cogerlo vivo para sacrificarlo a los dioses.

La nueva de la toma de Joquimilco puso en gran consternacion a la corte de Megico. El rei Quauhtemotzin convocó algunos gefes militares, y les representó el daño, y el peligro que ocasionaba a la capital la perdida de una plaza tan importante: el servicio que harian a los dioses, y a la nacion si podian recobrarla, y el valor, y la fuerza de que necesitaban para vencer aquellos atrevidos, y perniciosos extranjeros. Dio inmediatamente la orden de armar un egercito de doce mil hombres, para pelear por tierra, y otro numeroso para sostener las hostilidades en el lago, y se egecutó con tanta prontitud, que apenas habian descansado los Españoles del dia anterior, cuando las centinelas avisaron a Cortés la marcha de los enemigos acia aquella ciudad. Dividió el general todas sus tropas en tres huestes, y dio a sus capitanes las ordenes mas oportunas; dejó alguna tropa de guarnicion en los cuarteles, y mandó que veinte caballos con quinientos Tlascalés pasasen a traves los enemigos, a ocupar una colina inmediata, y alli aguardasen sus ordenes ulteriores para el ataque. Los comandantes Megicanos venian llenos de orgullo, y ostentando las espadas Europeas que habian cogido a los Españoles en la derrota del 1 de Julio. La batalla se dio fuera de la ciudad, y cuando Cortés juzgó conveniente, dio orden a las tropas de la colina que atacasen a los Megicanos por la espalda. Estos, viendose cercados por todas partes, se desordenaron, y abandonaron el campo, dejando en él quinientos muertos. Los Españoles, de vuelta al cuartel, supieron que la tropa que habia quedado en él, habia estado en gran peligro, por la muchedumbre de Joquimilqueses que la habian atacado. Cortés, despues de haberse detenido alli tres dias, combatiendo frecuentemente con los enemigos, mandó pegar fuego a los templos, y a las casas, y reunio toda su gente en la plaza del mercado, que estaba fuera de la ciudad, para ordenarla, y ponerse en marcha. Los Joquimilqueses, creyendo que su salida fuese efecto de miedo, atacaron con grandes clamores la retaguardia, pero se retiraron vencidos, y no osaron presentarse de nuevo.

Marcha de los Españoles en torno de los lagos.

Adelantose Cortés con su egercito hasta Coyohuacan, ciudad grande, situada en la orilla del lago, distante seis millas de Megico acia Mediodia, con intencion de observar todos aquellos puestos, para

disponer mas acertadamente el asedio de la capital. Halló la ciudad despoblada, y al dia siguiente salio de ella, para reconocer el camino que desde alli iba a unirse con el de Iztapalapan. Encontró una trinchera defendida por Megicanos; mandó atacarla, y apesar de la terrible resistencia de los enemigos, la infanteria se apoderó de ella, quedando heridos diez Españoles, y muertos muchos Megicanos. Cortés subio a la trinchera, y desde ella vio el camino de Iztapalapan cubierto de una muchedumbre innumerable de enemigos, y el lago, de muchos millares de barcas, y despues de haber observado lo que convenia a sus designios, volvió a la ciudad, cuyos templos, y casas mandó entregar a las llamas.

De Coyohuacan marchó el egercito a Tlacopan, molestando en el camino por algunas tropas volantes Megicanas, que atacaron el bagage. En uno de estos encuentros, en que el mismo general corrio gran peligro, le hicieron prisioneros dos de sus servidores, que fueron conducidos a Megico, e inmediatamente sacrificados. Llegó a Tlacopan afligido por aquella desgracia, y se le aumentó el disgusto, cuando desde el atrio del templo mayor de aquella ciudad, contempló con otros Españoles el fatal camino, en que habia perdido algunos meses antes tantos amigos, y soldados, considerando al mismo tiempo las grandes dificultades que tenia que vencer antes de hacerse dueño de la capital. Algunos le sugerian que enviase tropas por aquel camino, para cometer algunas hostilidades, pero no queriendo esponerlas a tanto peligro, ni detenerse mas tiempo en aquella ciudad, volvió por Tenayocan, Quauhtitlan, Citlaltepec, y Acolucan a Tezcuco, despues de haber recorrido en aquel viage las orillas de los lagos, y observado cuantos pormenores necesitaba para el exito de su gran empresa.

Conjuracion contra Cortés.

En Tezcuco siguió Cortés activando todos los preparativos de su marcha. Estaban ya acabados los bergantines, y un canal de milla y media, bastante profundo, y con cortaduras por una y otra parte, para recibir el agua del lago. Tambien estaba hecha la maquina para botarlos*. Las tropas que Cortés tenia a sus ordenes eran innume-

* Gomara dice que en el canal trabajaron 400,000 Tezcucanos, pues en los 50 dias que duró la obra, cada dia entraban 8000 operarios nuevos. Añade que el canal tenia media legua de largo, 12 pies de ancho, y donde menos, 4 brazas de profundidad: mas yo creo que hai error en la medida del ancho, y que era de mas de 12 pies.

rables, y aun el numero de Españoles se habia aumentado considerablemente, con los que poco antes habian venido de España, en un navio que habia aportado a la Vera Cruz, cargado de caballos, armas, y municiones de guerra. Todo prometia los resultados mas felices, cuando ocurrió un suceso que puso toda la empresa en gran peligro de frustrarse. Unos soldados Españoles, partidarios del gobernador de Cuba, exitados por el odio que tenian a Cortés, o por la envidia de su gloria, o, lo que es mas verosimil, por el miedo de los peligros que los amenazaban en el asedio de la capital, convinieron secretamente en quitar la vida al general, a sus capitanes Alvarado, Sandoval, y Tapia, y a todos aquellos que parecian mas adictos al partido del gefe. No solo estaba ya señalado el tiempo, y el modo de dar el golpe con seguridad, sino elegidas tambien las personas a quienes debian darse los cargos de general, juez, y capitanes: pero uno de los complicés, arrepentido de su culpa, rebeló oportunamente a Cortés todo el plan de la conjuracion. Mandó prender sin perdida de tiempo a Antonio de Villafaña, cabeza de toda aquella maquinacion, cometio a un juez el examen del reo, y habiendo confesado este su delito, fue ahorcado a una de las ventanas del cuartel. Cortés no quiso mostrarse tan severo con los complicés, fingiendo no creerlos culpables, y atribuyendo a la malignidad de Villafaña la infamia que de su confesion resultaba contra ellos: pero afin de que en el porvenir no estubiese tan espuesta su persona, creó para su custodia una guardia compuesta de soldados fieles, valerosos, y seguros, que lo acompañaban de dia, y de noche.

Ultimos preparativos del asedio de Megico.

Evitados con el castigo del reo principal los efectos de aquella perniciosa trama, se aplicó Cortés con mayor actividad a dar la última mano a su grande empresa. El 28 de Abril, despues de celebrada la misa de Espiritu Santo, en que comulgaron todos los Españoles, y despues de haber dado un sacerdote la bendicion a los bergantines, con las ceremonias acostumbradas, fueron botados al agua, y desplegando inmediatamente las velas, empezaron a surcar por el lago, al estruendo de la artilleria y de los mosquetes, a que siguió el *Te Deum*, acompañado por la musica de los instrumentos militares. Todas estas eran demostraciones de la confianza que tenia Cortés en los bergantines, para la felicidad de su empresa, y en efecto quizas sin ellos no hubiera podido llevarla a buen fin. Hizo despues la reseña de su egercito, y contó ochenta y seis caballos, y mas de ochocientos peones

Españoles, tres grandes cañones de hierro, quince menores de cobre, mil libras castellanas de pólvora de fusil, y una gran cantidad de balas, y de saetas, aumentos que se debían a los socorros venidos aquel año de España, y de las Antillas. Reanimó el valor de sus tropas con un discurso semejante al que les había dirigido en su salida de Tlascalá. Envió mensajeros a esta república, y a Cholula, a Huejotzinco, y a otras ciudades, dándoles parte de estar ya terminada la obra de los bergantines, y rogándoles que enviasen dentro de diez días cuantas tropas escogidas pudiesen, por ser ya llegada la ocasión de poner asedio a la soberbia ciudad que por tanto tiempo los había esclavizado. Cinco días antes de la fiesta de Pentecostes, llegó a Tezcúco el ejército Tlascalés, que constaba, según afirma el mismo Cortés, de más de cincuenta mil hombres, bajo el mando de muchos jefes famosos, entre los cuales venían Gicotencatl el joven, y el valiente Chichimecatl, a cuyo encuentro salió Cortés con toda su tropa. Las de Huejotzinco, y Cholula pasaron por el otro lado de los montes, según la orden que se les había dado. En los dos días siguientes acudieron nuevos refuerzos de Tlascalá, y de otros pueblos circunvecinos, los cuales con las huestes ya mencionadas formaban un total de más de doscientos mil hombres, como testifica su jefe Alfonso de Ogeda.

Distribucion del ejército en el asedio de la capital.

El lunes de Pentecostes, 20 de Mayo, reunió Cortés su gente en la plaza mayor, para dividir su ejército, nombrar los comandantes, señalar su puesto a cada uno, y las tropas de su mando, y para reiterar las órdenes que había dado en Tlascalá. Mandó a Pedro de Alvarado que campase en Tlacopan, para impedir que entrasen por allí socorros a los Mexicanos, y le dio treinta caballos, ciento sesenta peones Españoles, distribuidos en tres compañías, con otros tantos capitanes, y veinte y cinco mil Tlascaléses, con dos cañones. Cristóbal de Olid fue creado maestro de campo, y jefe de la división destinada a Coyohuacan, teniendo a sus órdenes treinta y tres caballos, ciento sesenta y ocho peones Españoles, con tres capitanes, dos cañones, y veinte y cinco mil aliados. A Gonzalo de Sandoval fueron dados veinte y cuatro caballos, ciento sesenta y tres peones Españoles, con dos capitanes, y dos cañones, y los aliados de Chalco, Huejotzinco, y Cholula, que eran más de treinta mil hombres, y le mandó Cortés que fuese a destruir la ciudad de Iztapalapan, y que campase en aquellas inmediaciones, desde las cuales creyó que le sería más fácil

apretar más y más a los Mexicanos. Cortés, a pesar de las instancias que le hicieron sus capitanes, y soldados, tomó el mando de los bergantines, por que opinaba que en ellos era más necesaria su presencia. Dividió entre los trece bergantines trescientos veinte y cinco Españoles, y trece falconetes, señalando a cada bergantín un capitán, doce soldados, y otros tantos remeros: así que todo el ejército destinado a empezar el asedio constaba de novecientos diez y siete Españoles, y más de setenta y cinco mil hombres de tropas auxiliares*, cuyo número se aumentó, como después veremos, hasta doscientos mil y más. Todas las otras tropas que habían venido a Tezcúco, o permanecieron allí para acudir donde fuese necesario, o volvieron a sus pueblos, que por estar próximos a la capital, les proporcionaban la facilidad de hallarse prontas al primer llamamiento.

Supplicio de Gicotencatl.

Partieron juntos de Tezcúco Alvarado y Olid con sus tropas, para ocupar los puestos que les había señalado el general. Entre los principales Tlascaléses que acompañaban a Alvarado, se hallaban Gicotencatl el joven, y su primo Pilteuctli. Este, en una disputa que sobrevino, fue herido por un Español, el cual, no haciendo caso de las órdenes de Cortés, ni del respeto debido a aquel personaje, pudo con su imprudencia ocasionar la deserción de los Tlascaléses. Estos se resintieron amargamente de aquel ultraje, y hicieron algunas demostraciones de enojo. Procuró apaciguarlos Ogeda, y permitió a Pilteuctli que fuese a curarse a su patria. Gicotencatl, a quien tanto por su dignidad como por su parentesco, era más sensible que a ningún otro aquella injuria, no hallando entonces otro modo de vengarla, abandonó ocultamente, y con otros compatriotas el ejército, y tomó el camino de Tlascalá. Alvarado dio parte de este suceso a Cortés, y

* Herrera y Solís cuentan 100,000 aliados, distribuidos en tres campamentos: Bernal Díaz no cuenta más de 24,000, en tres campamentos de 8,000 cada uno. Yo doy más crédito a Cortés, que debía estar mejor informado en estos pormenores. Solís dice que Bernal Díaz se queja muchas veces de que los aliados les daban más estorvo que ayuda: es falso, antes bien elogia su valor, y habla de las ventajas que sacaron de ellos los Españoles. "Los Tlascaléses nuestros amigos, dice en el cap. 151, nos ayudaron bastante bien en aquella guerra como hombres animosos." Toda su historia está llena de semejantes expresiones, como lo están las cartas de Cortés, y las narraciones de los otros historiadores. Lo que únicamente dice Bernal Díaz es que en la retirada de Tlacopan los aliados estorvaron a los Españoles, mas esto sucede siempre que un ejército se retira por un camino estrecho.